

París otra vez, donde se ha instalado mi abuela, hace poco, en un apartamento de rotonda, en la esquina de la Avenida Víctor Hugo y la Rue de la Pompe. Mi padre ha resuelto esperar aquí el resultado de su enredo legal con los negocios petroleros del abuelo, que han quedado allá, entre mahometanos, armenios y cosacos, al cuidado de un bufete ruso, leguleyo y tramposo, vulnerable a cualquier soborno, donde los casos se llevan lentamente en torno al samovar. Mi madre ha cobrado algo de su herencia. Se vive en espera, gastándose algo de lo cobrado. Mi padre, desocupado, me lleva a menudo al Museo del Trocadero, que mucho me divierte con sus maniqués vestidos de algonquinos o esquimales; con su cabezota de la Isla de Pascua que se yergue en la entrada; con sus polvorientas cotas laponas, sus tambores africanos, sus armas primitivas. También me lleva a menudo al Museo Guimet donde un Siva de bronce se aureola de brazos, en tanto que me aburro inacabablemente ante la momia de Thais, que mi padre no se cansa de contemplar. Mi abuela, en las tardes, me lleva a una iglesia de la Plaza Víctor Hugo donde asiste a inacabables ritos con procesiones cuyo incienso me hace toser. Al saber que me han metido en “bondieuseries” mi padre se irrita, clama; pero todo sigue igual en cuanto a tenerme en vísperas y oficios de nunca acabar. Un acontecimiento, al decir de mi madre, tiene lugar en París: se trata de una temporada de Ballets Rusos, de la que hablan todos los periódicos, todas las revistas ilustradas, en efecto. Mi madre ha rondado por los alrededores del teatro. Haciendo valer su condición de rusa ha sido admitida a asistir a los ensayos por un caballero a quien mencionaba con admirativo respeto, llamado Diaghilev. Empieza por hablarme del mundo maravilloso al cual acabará por llevarnos, a condición de que me porte bien o me esté quieto. Penetro en los camerinos de las danzarinas a quienes trata ya como amigas. Luego, solo en la obscuridad de la sala, sumido en los terciopelos encarnados de la platea, asisto a los ensayos de algo que se titula *El pájaro de fuego*. Me sobresalto, asustado, con el acorde inicial de la “Danza infernal de las criaturas de Kastchoi”; me ensordecen los metales del final, escandidos por un formidable golpe de bombo. La maquinaria de arcos, de mástiles, de pabellones, de tubos, que actúa en la fosa de la orquesta ejerce sobre mí una fascinación tal –con esos fagotes y contrafagotes que más parecen piezas de artillería– que declaro un día que, cuando crezca, seré director de orquesta. Con el palo de un arco con el que nunca juego, dirijo en mi cuarto, solo, inacabables sinfonías imaginarias que canto –compongo– a voz en cuello. “Los temas son ramplones” –dice mi padre, reconociendo en ellos reminiscencias de los himnos metodistas de La Habana. Los ensayos del Ballet Ruso me tienen viviendo un sueño lúcido: los danzarines me asombran con sus saltos; me enamoro de todas las bailarinas; los trajes me deslumbran. Alguna vez, ante una frenética danza de brujos y hechiceras mi madre me dice; “Estas se llaman kikimoras... Aquella es la Baba-Yagá... Viven en cabañas montadas en patas de gallinas”... Una tarde me hallo reclinado en el regazo de Anna Pavlova aspirando con deleite su olor a maquillaje escénico, a sudor, a maderas de teatro. Siempre recordaré la tranquila intensidad de su mirada –mirada que volvería a encontrar en La Habana, años después.

En Rusia, el enredo de los petróleos no acababa de mostrar una solución. Mi padre pensó en buscar algún trabajo para no agotar las reservas económicas de mi madre, acabando por hallar una plaza de dibujante en una oficina registradora de marcas y patentes... Desde los balcones<sup>1</sup> de la Avenida Víctor Hugo se divisaban los primeros aeroplanos que hacían pruebas, cada mañana, sobre el campo de Issy-les-Moulineaux. Los inventores no pensaban sino en máquinas aéreas, globos dirigibles de nueva factura,

---

<sup>1</sup> Se inicia con esta oración el fragmento dado a conocer en las publicaciones referidas anteriormente con el título “Un alto en París”.

naves transoceánicas con perfil de aves, alas de murciélagos, élitros de insecto, cuerpos de libélula, hélices horizontales, mecanismos a lo *Robur, el Conquistador* de Julio Verne, obuses con camarotes, hechos para ser disparados hacia la Luna, Venus o Marte –planeta seguramente habitado, se decía, con cuyos habitantes habría manera de entenderse mediante una demostración de teoremas geométricos. “Lo curioso de esos inventos –decía mi padre– que son, en su mayoría, perfectamente irrealizables, está en que, en el transcurso de un solo mes, el invento de aquí ha coincidido con otro, casi idéntico, patentado en los Estados Unidos, el Brasil o Australia”. Nacía el avión, como acababa de nacer el automóvil. Los modos de traslado del hombre se transformaban, aunque el hombre no tuviera cabal conciencia de ello. Tener un automóvil, en aquellos años, era una excentricidad para los muchos que se aferraban a la quieta y acompasada majestad del coche. En cuanto a la aviación, era cosa de suicidas o de acróbatas –y más ahora que los aparatos volaban cada vez más alto. Se hablaba de los Farman, de Bleriot, del brasileño Santos Dumont; media Avenida de la Grande Armée olía a bencina, a caucho, a aceite espeso. Empezaban tiempos nuevos. Pero mi padre sólo pensaba en regresar a Cuba. No amaba París. Rusia lo había decepcionado; consideraba aquel país como algo atrasado, incapaz de ajustarse a un ritmo moderno de vida, con aquellas procesiones espectaculares, los ritos griegos y eslavones, los trenes de carrilera demasiado ancha y el ridículo de que, allá, los ingenieros, los profesionales, llevaran uniformes. Para reaccionar contra una sociedad amodorrada no bastaba con las bombas de los nihilistas ni con las prédicas mesiánicas –así las consideraba mi padre– de un León Tolstoi. Tenía ansias de huir de Europa. Pero una espera se imponía. Por ello se pensó en hacerme ingresar en el Liceo Jeanson-de-Sailly, que estaba próximo a la casa de mi abuela. Y recuerdo aún, con una suerte de espanto, la inmensidad –para mí, inmensidad– de aquel vasto edificio gris donde me vi extraviado durante los primeros días de mi semi-internado. Como nadie me preguntaba nada ni se interesaba por mí, vagaba de aula en aula sin acabar de dar con aquellas que me correspondiera. Entraba en donde hubieses alumnos sentados tras de algún pupitre, yendo del latín a la geometría, de un curso de historia a una clase de filosofía, totalmente desconcertado, extraviado, incapaz de orientarme. Un día, un profesor pronunció delante de mí el nombre de Cristóbal Colón. “¡Lo conozco!” –grité. Y cuando el maestro me expulsó del aula, seguí vagando por el edificio hasta caer en un patio donde se jugaba a algo que mi presencia interrumpió abruptamente y fui molido a golpes por los jugadores, teniendo que buscar resguardo en los retretes. “Este niño es muy pequeño para estudiar en un Liceo” –dijo mi madre. Yo también quería regresar a Cuba cuanto antes; pero, como no había llegado aún la hora de hacerlo, fui puesto en un colegio de monjas que para nada tuvieron en cuenta que yo sabía leer ya en castellano, y, empezando por el principio, se dieron a enseñarme a leer el francés desde el comienzo –aunque yo también leía el francés– con los párvulos, poniéndome a deletrear con acompañamiento de gestos y señas; con la *S* había que imitar, moviendo las manos, el serpeo de la serpiente, diciendo: ssssssssss; con la *M* de mar, era preciso imitar el ondear de la ola, y con la *G* llevarse dos dedos a la nuez de la garganta. Por lo demás, para las buenas monjas, la historia de Francia se resumía en anécdotas que trataban de Santa Genoveva y de los Hunos, la encina de San Luis, el Cardenal de la Balue y su jaula, el “Disparad primeros” de la Batalla de Fontenoy, el pato mecánico de Vaucanson y los horrores de la Revolución Francesa, todo dominado por la figura de Juana de Arco cuyo estandarte me tocó llevar en una procesión que giró en redondo, toda una mañana, en el deambulatorio de la Iglesia de

Saint Roch –que sería evocada para mí, años después, viviendo en el campo de Cuba, por una novela de Balzac.<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Finaliza aquí el fragmento publicado con el título “Un alto en París”.